

# Formación de los partidos políticos modernos

ALFREDO GALLETTI

*NACIDO EN LA PLATA. Se graduó de doctor en derecho y ciencias sociales en la universidad de dicha ciudad. En la actualidad es profesor adjunto de historia constitucional en la Facultad de Derecho de La Plata y presidente del Colegio de Abogados de la provincia de Buenos Aires. Ha sido conjuer de la Suprema Corte de Justicia y Jury de Enjuiciamiento de magistrados. Es miembro activo de la Asociación Internacional de Derecho Político, de la Inter-American Bar Association, de la Nassau County Lawyer Center, etc. OBRAS: Hechos e ideas políticas, La realidad argentina en el siglo xx, Política y partidos, Vida e imagen de Roca, Labor legislativa del Congreso de Tucumán, etc. Prepara dos libros: Fundamentos de la historia institucional argentina y El pensamiento esencial de Alberdi. Tradujo el Diccionario de Filosofía de Abbagnano (1º y 2º ed. en español).*

**E**L ideal de los procesos políticos anteriores a la vigencia efectiva de la Ley Sáenz Peña era el de una tendencia hacia grandes *calmas* políticas, para efectivizar las reformas que se proponían desde arriba. En efecto, la denominada “Oligarquía” que por mucho tiempo detentara el poder y la riqueza en la Argentina, gobernaba, precisamente, sin el contralor de partidos políticos por medio de los cuales se hiciera sentir la opinión pública. En verdad, los temas que acuciaban a esta generación eran los de “poner el país a la moderna” conforme con esquemas alberdianos. La atracción de los inmigrantes para poblar estas tierras casi desiertas y su ulterior incorporación, así como la instalación de líneas férreas, telégrafo, obras de sanidad, etc., exigían esos períodos de calmas luego de las hondas vicisitudes por las cuales había pasado el país desde los días de la Organización nacional (observemos, de paso, que el proceso de consolidación sólo tiene lugar a partir de 1880, año en que se federaliza Buenos Aires y se soluciona el problema de la Capital).

2. Para Alberdi el problema se centraba en la posibilidad de poblar con elementos “ya formados y preparados”. Decía: “Sin grandes poblaciones no hay desarrollo de cultura, no hay progreso considerable; todo es mezquino y pequeño. Naciones de medio millón de habitantes pueden serlo por su territorio; por su población serán provincias, aldeas y todas sus cosas llevarán siempre el sello mezquino de provincia”. Y agregaba: “La población —necesidad sudamericana que representa todas las demás— es la medida exacta de la capacidad de nuestros gobiernos: el ministro de estado que no duplica su censo de estos pueblos cada diez años, ha perdido el tiempo en bagatelas y nimiedades”. Si se multiplicara la población, en consecuencia, se vería “a los vanos agitadores, desairados y solos, con sus planes de revueltas frívolas, en medio de un mundo absorbido por preocupaciones graves”. Aquí quedaba planteado, en rasgos muy firmes, el problema principal del país y de tal manera la necesidad de población y su consecuente absorción para civilizar el país tenía resonancias muy positivistas: era una especie de traducción, en términos del país, del “orden y progreso” comptiano. Las necesidades, pues, eran concretas y reales y de sus esquemas quedaba fuera la concepción política tal como se entiende en las sociedades actuales, dada a través de los partidos políticos modernos.

Observemos, por ejemplo, la política de conciliación de un Avellaneda, por ejemplo, o la desarrollada por las grandes presidencias progresistas de entonces. La conciliación tendía, precisamente, a una pacificación para posibilitar el progreso material del país, entonces retrasado con referencia a otras naciones, en las cuales el proceso de la revolución industrial se había abierto paso resueltamente, ingresando a todo trapo en las líneas de la modernidad. Para Avellaneda, su principal acto de gobierno fue el logro de la exportación de cereales y esto significaba que el país dejaba de ser exportador de carnes solamente; de la “edad del cuero” había pasado a una etapa de exportaciones ganaderas y de allí a una etapa de exportaciones agrícolas: la diversificación implicaba, pues, nuevas metas y posibilidades en este proceso de modernización. Inmigración y colonización se dan como notas correlativas y la Ley N° 817 es, precisamente, de inmigración y colonización: el inmigrante no es solamente el extranjero “artesano” o “industrial” o “agricultor”, sino también el “profesor”, esto es, el técnico, el hombre de ciencia y de luces que pudiera ayudar en el ordenamiento de un país concebido “a la moderna”.

3. Para la mentalidad oligárquica y positivista, que en alguna medida creó un país “a la moderna”, con todas sus inconsecuencias y contra-

## **Formación de los partidos políticos modernos**

dicciones, poco importaba la estructura íntima de nuestra nación, la penuria del hombre argentino, casi *alieni* dentro de su propio país. Se creyó, por entonces, y como meta casi indiscutida, en las líneas del progreso humano dadas en notas necesarias. El despego por las verdades últimas, el desdén por la metafísica, el cientificismo de que estaba imbuido, le daba ese tono de esperanza creadora con que se presenta toda idea nueva y renovadora ante las mentes de una generación. Por lo demás, existían las posibilidades de realizaciones concretas dentro de las perspectivas que una nueva y rica realidad ofrecía. El país estaba abierto, sus grandes extensiones desiertas aptas para recibir nuevos brazos. “Orden y Progreso” quedaba traducido en “orden y administración” o “paz y administración”, como claves que posibilitarían realizaciones concretas y materiales. El liberalismo positivista de fines del siglo XIX constituyó, en líneas coincidentes, un fenómeno mundial de apogeo de la concentración industrial y del capital bancario. Predominan las ideas liberales y se da primacía a la necesidad y el hombre otorgará, así, primacía al libre juego de la oferta y de la demanda que regirá la distribución de los productos. La conquista del desierto, llevada a cabo por Roca, hizo incorporar una enorme cantidad de tierra que podría ser objeto de explotación agrícola-ganadera y la inmigración, que desde tiempos de Avellaneda se había multiplicado, constituye una necesidad, diremos, orgánica. Esas inmensas praderas despobladas, inhabitadas totalmente por la acción de la conquista a sangre y fuego, necesitan de un nuevo elemento humano y así el inmigrante aparece llenando una función civilizadora, en los lugares donde otrora enseñoreara el indígena. Pero la inmigración no obedecerá a planes, la tierra pública se dilapidará sin medida y la colonización, no obstante las leyes dictadas, se deberá a la iniciativa privada, sin ninguna organización. El auge de la inmigración remueve los presupuestos mentales de los americanos y de tal manera se observa que entre los años 1870 y 1890 se dan, coincidentemente, gobiernos de minorías cultas ilustradas que llevan en sí análogos ideales propios de la época. Los países se sienten llevados febrilmente por las rutas del progreso: agricultura más intensiva, desarrollo de la ganadería, obras de salubridad, ferrocarriles, puertos, inmigración, radicación de capitales, educación popular. Esas ideas se concentran en las clases económicamente fuertes, que en nuestro país no eran otras que las detentadoras de las riquezas agropecuarias. Se produce el fenómeno que anota muy bien Leopoldo Zea con referencia al momento análogo mexicano, cuando, refiriéndose a las ideas de Gabino Barreda, nos dice que el “grupo social al que titulamos burguesía, tuvo que combinar sus intereses con intereses de otros grupos en pugna”. En nuestro país

se darían notas igualmente concretas. Para Alberdi las finalidades de una Constitución tenían precisamente motivaciones concretas para la posibilidad de un progreso material acelerado: ni más ni menos, para su época, que los problemas actuales referentes al desarrollo. En el preámbulo de su Proyecto establecía como finalidades: "...reglar las garantías públicas de orden interior, de seguridad exterior y de progreso material e inteligente, por el aumento y mejora de su población, por la construcción de grandes vías de transporte, por la navegación libre de los ríos, por las franquicias dadas a la industria y al comercio y por el fomento de la educación popular...". No cabe duda que en la Constitución quedaban fuera de foco los partidos como posibilitadores de esta programática concreta y realista. Había un programa de acción ya dado de antemano y en ese programa se preconizaba la creación y fomento de la industria fabril mediante estos medios: educación e instrucción, los estímulos y la propiedad de los inventos, la libertad de industria y de comercio, la abstención de leyes prohibitivas y el deber de derogar las existentes y los fines que las leyes, los privilegios y las recompensas que están llamadas a proteger son, para él, la industria, la inmigración, la construcción de ferrocarriles y canales navegables, la colonización de tierras de propiedad nacional, la introducción y establecimiento de nuevas industrias, la importación del capital extranjero y la explotación de los ríos interiores y *basta mencionar estos fines*, dice Alberdi, para reconocer que los medios de protección que la Constitución les proporciona son "la libertad y los privilegios y recompensas conciliables con la libertad". Es decir, se necesitaba orden, paz, libertad, en una palabra: seguridad, para atraer los capitales extranjeros.

4. Esta programática fue tomada a veces literalmente por las presidencias progresistas, y aplicando incoherentemente el esquema alberdiano se llegó a preconizar una especie de progreso "sin más", despojado de altos principios éticos, y sin pensar que el país debió desarrollarse con una mayor cohesión, en líneas más profundamente nacionales y ahincadas con mayor profundidad en nuestras raíces más entrañables. Ese fue uno de los olvidos lamentables de muchos de los intérpretes de esta generación.

Todo esto no significa que el país había estado ausente, hasta entonces, de lo que se denomina *política*, palabra que tiene un sentido muy significativo y que constituye uno de los pilares básicos en el proceso material, moral e intelectual de las naciones; todo indiferentismo político o presunto apoliticismo debe merecer una franca repulsa y, por el contrario, la política como gobierno de la "polis" tiene altísima significación.

## ***Formación de los partidos políticos modernos***

Las luchas políticas entre diferentes fracciones se habían dado enconadamente desde antigua data; las viejas líneas de unitarios y federales desdibújense a través de un proceso de síntesis y superación preconizado por la generación de Mayo. Luego de Caseros perdura el partido federal a través de Urquiza, pero con otro sentido y significado. Pero se abre camino una nueva concepción a través del partido liberal, que triunfa luego de la batalla de Pavón. La lucha de fracciones se irá dando primordialmente en la provincia de Buenos Aires, a través de los partidos nacionalista y autonomista, que no poseen significación social sino que trasuntan un estado de ánimo en el problema de las relaciones entre la Provincia y la Confederación. Así como en el Congreso 1824-27 se habían formulado las teorizaciones de las posturas unitaria y federal, con motivo del debate de la forma de gobierno para la Constitución de 1826, resulta significativo el debate en el seno de la Cámara de Representantes de Buenos Aires con motivo de la discusión de la Constitución del "Estado" de Buenos Aires de 1854 y en el mismo aparece nítidamente expuesta la posición de Mitre (que luego será jefe indiscutido de la fracción "liberal"), que tendía a una mayor "apertura" en el proceso nacional, colocando a la provincia *dentro* de la "nación".

Al advenir las presidencias progresistas se tiende a una clausura del debate político a través de los partidos, para posibilitar, precisamente, la programática concreta a que ya hiciéramos referencia. Y la formación de un partido único, oficial, el P.A.N. (Partido Autonomista Nacional), viene a ser el resultado de esta política. Ello conducirá a lo que se denomina el Unicato. En Roca se concreta el unicato, en Juárez Celman se llega al ocaso. Porque ya el país, acuciado por gravísimos problemas, necesitaba los cauces naturales de expresión a través de partidos políticos. Las condiciones ya apuntadas se señalan en los mensajes presidenciales. Así Roca puede expresar: "Ningún Presidente de la República ha tenido hasta ahora la satisfacción de abrir el Parlamento argentino en época de mayor bonanza y prosperidad que la presente. Todas las riquezas vivas del país, todas las variadísimas fuentes de riqueza que encierra, se desarrollan con un arranque y vuelo extraordinario al amparo de la confianza y crédito general. . . recogemos los frutos de la paz interna, de la consolidación del gobierno nacional, de la marcha regular de la administración, del ejercicio libre y circunspecto de nuestras instituciones, sin los choques, violencias y estrépitos de pasados tiempos, y de la armonía y cordialidad en que reposan nuestras relaciones con las demás naciones. . . La Nación abierta a todas las corrientes del espíritu, sin castas, sin preocupaciones religiosas ni sociales, sin tiranía ni Comuna, nuevo tiempo sobre la faz de la

tierra donde se consagran todas las libertades y todos los derechos del hombre" (En: *Mensajes del Presidente*, Comisión Nacional del monumento al Tte. General Roca, ed. fuera de comercio; Buenos Aires, I, 75). Y en el mensaje de 1884: "Por todas partes no se siente sino el ritmo del trabajo, la animación de los desiertos que se pueblan, el bullicio del comercio, los ferrocarriles que avanzan, y un contento y satisfacción generales, por tantos bienes cosechados a la sombra de paz, que lleva la vida y la abundancia a los más apartados extremos del país" (en: *idem.*, I, 104).

5. Pero este tono optimista muy pronto habrá de cambiar. Vientos de fronda provocados por nuevos problemas que conmueven al país pronto se harían sentir. Ya el propio Roca lo preanuncia con motivo de los procesos electorales, en los cuales, una vez organizadas algunas fuerzas políticas opositoras se recurre al fraude. Y así dice, muy suelto de cuerpo: "...los actos de fraude o violencia de los gobiernos provinciales... se irán corrigiendo poco a poco con la educación de los partidos y la influencia de la razón pública". Acota: "...se habla de violencias, de fraudes, de abuso de autoridad; el gobierno general no es responsable de los actos y conductas de todos los funcionarios de la República que intervienen en el mecanismo electoral y tal vez sería un peligro para nuestra forma de gobierno que pudiera intervenir para corregir actos electorales en las provincias..." (en: *op. cit.*, I, 162/63)

6. Dejemos un poco de lado este capítulo de fraudes y violencias, que fueran, desgraciadamente, norma inequívoca de nuestro proceso político por tantos años, para enfocar el nacimiento de los partidos políticos "modernos". Entendemos por partidos políticos modernos, no a simples fracciones que responden a determinadas personas o caudillos, sin una programática y sin responder a un momento histórico y social determinado del país. Los partidos responden a necesidades reales y concretas y resultan los medios de expresión de la opinión pública en una democracia representativa. También su posibilidad de actuación y permanencia, no solamente en los períodos eleccionarios, sino a través de una acción responsable y orientadora. En nuestro país los partidos, por lo general, se habían teñido de fuerte personalismo y respondían, más que nada, a directivas e influencias de los caudillos (no otra cosa fueron, en su momento, las fracciones en que se dividiera la opinión pública). Hay otros partidos en los cuales la fuerte tendencia personalista cede a una programática: en el primer caso se despliega una intensa acción durante la campaña electoral, en su decurso se inauguran nuevos centros o comités, que a veces

## ***Formación de los partidos políticos modernos***

reciben el presuntuoso nombre de ateneos o bibliotecas (en un principio se denominaron Clubes, a la manera de los organismos actuantes durante la revolución francesa); al cabo de las elecciones desaparece el andamiaje, algo así como el desarme de los elementos apresuradamente preparados para una función teatral, en donde abunda el papel, el cartón y el engrudo; la acción posterior queda reducida a grupos parlamentarios. En los partidos con bases programáticas, de articulación fuerte, la acción no es solamente con vistas a la propaganda electoral y sigue por sobre el hecho accidental de las elecciones y el armazón continúa pese a las victorias o reveses.

Los partidos de articulación débil (ejemplo típico los partidos conservadores), toman diferentes denominaciones en las distintas provincias y no adquieren arraigo nacional. El radicalismo, si bien de articulación débil aunque en alguna medida programático, tuvo resonancia nacional y es, indudablemente, el primer gran partido nacional de la Argentina moderna.

Su advenimiento obedece a distintas motivaciones, pero es indudable que las propias condiciones dadas en la Argentina de la inmigración masiva provoca el nacimiento de este partido, que es expresión de la clase media formada a través, precisamente, de ese gran impacto inmigratorio.

7. Es indudable que por estos años se agudizan algunos problemas:

a) Existe un proceso de intensa movilidad social. Ella se debe a los cambios estructurales producidos por la inmigración; hay una gran labilidad en los límites de una nueva clase que forman los hijos de inmigrantes. Luego de 1880, año en el cual, según Martínez Estrada "muere el gaucho" y termina lo que J. L. Romero denomina "era criolla", se van acelerando los procesos económicos y la marcha hacia nuevas estructuras. Existe un gran impacto en una sociedad donde aún se daban formas coloniales en algunos aspectos; prontamente los hijos de los primeros inmigrantes se incorporarán a la actividad cívica y con ello comenzarán a formarse núcleos políticos que tendrán gravitación decisiva;

b) En muchos aspectos cambia el viejo estilo de vida y se incorporan elementos que tienden a una dinamización de la sociedad. Aparecen y se desarrollan industrias, con una mayor capacidad de absorción de trabajo manual y que exigirán la mano de obra de elementos especializados. Tal hecho provocará la incorporación, en estos nuevos menesteres, de personas no solamente extranjeras sino provenientes de otros puntos del país y de inmi-

graciones interprovinciales, aunque Buenos Aires será el principal centro de atracción;

c) La mano de obra especializada se hará cada vez más premiosa, la construcción de nuevas ciudades y el desarrollo de otras exigirá un intenso trabajo. En la construcción de La Plata, en la fundación de Bahía Blanca o en el desarrollo de Rosario estará activa la mano de obra extranjera y el trabajo manual será primordialmente ejecutado por inmigrantes. Se incorporará, cada vez en mayor medida, el inmigrante y el país sufrirá un proceso de transformación. La "era aluvial" de la inmigración masiva excediendo la "era criolla", provocará dislocamientos de intensa magnitud; se formarán nuevos grupos sociales, en los cuales los hijos de los inmigrantes harán oír sus voces, ya como argentinos resueltamente incorporados al país;

d) También comienza un proceso de colonización; aumentarán las exportaciones agrícolas y se tenderá a la formación, en algunas provincias como Santa Fe, de una civilización "no pastoril". G. Gori ha estudiado con inteligencia y agudeza este hecho significativo: los ranchos surgen de entre los trigales y ya no quedan solitarios en medio del páramo, y los árboles comienzan a poner manchas en la monótona pampa. Se asiste al crepúsculo del caballo y aumentan carros y carretas; los gringos son malos jinetes y utilizan otros medios de locomoción; se incorporan las herramientas de campo y el arado enseñoorea, se seleccionan semillas, se diversifican los productos, nace la chacra y, aún más, aparecen nuevas diversiones: la pulpería y la taba se ven desplazadas por el tiro al blanco y el almacén de ramos generales, se mezclan músicas, se diversifican lenguas e idiomas;

e) En el período de paz interna (una especie de paz romana de nuestras tierras), durante el cual no existe política pero tampoco pugnas ni pujas, la oligarquía tiene todos los cerrojos del poder. El extranjero no se ocupa de política y sólo tiene objetivos preferentemente económicos. Es evidente que por entonces prolifera (y esto es signo de "modernidad") un *homo oeconomicus*, un *homo faber*, dado al trabajo y a la economía que, en alguna medida, va forjando y sentando las bases de un nuevo estilo de vida. Pero a ese *homo oeconomicus* le suceden, en el escenario del país, sus hijos, ya incorporados y con otro tipo de ideales: se forman profesionales que se angustian ante los problemas del país. Y se entrecruzan dos generaciones, una de las cuales lleva como apéndice la "juventud dorada" producto de una élite un tanto frívola y desencantada, sin fe en las instituciones representativas ("falaz", diría Yrigoyen), sin firmes creencias en los destinos de la patria ("descreída"), pero inteligente y culta, de finas



## ***Formación de los partidos políticos modernos***

y sutiles antenas, sociable y desprejuiciada (Generación del 80). La otra, romántica, llena de fervor cívico, idealista y retórica (Generación del 90): su principal exponente será Leandro N. Alem, caudillo de una "conjunción de voluntades sin definición partidaria, una aspiración nacional", de gran honradez cívica, pero sin sentido de la realidad concreta, que abandona acuerdos o transacciones y se entrega a la dura intransigencia ("que se rompa, pero que no se doble");

f) Existen cambios en el mundo que inciden en los cambios políticos. Todos los hechos precedentemente anotados hacen que la Argentina ya no sea una ínsula apartada y que los hechos del mundo repercutan en ella cada vez más. Las crisis, antes locales, se van generalizando y la del 90 resultará una crisis que toma a todo el país y no sólo a una parcela;

g) También se irá formando una difusa conciencia social, a través principalmente de la incorporación de industrias que exigen obreros especializados, muchos de los cuales habían hecho sus experiencias político-sociales en otros países;

h) Comienza desde entonces un proceso que actualmente se hace irreversible: los cambios en la población rural y urbana. En 1869 la población rural era el 72 %, la urbana el 28 %; en 1895, 63 % y 37 %; en 1914, 47 % y 53 %, con todas sus consecuencias;

Podemos, provisionalmente, sentar estas premisas:

A. Las nuevas condiciones objetivas y reales del país hacen que exista una *ampliación de los objetivos políticos*, anteriormente restringidos y refugiados solamente en un reducido núcleo o élite representativa de la Argentina tradicional;

B. Esta ampliación de objetivos políticos tiende a canalizarse a través de partidos;

C. Los partidos de estructura débil y generalmente reducidos a ámbitos provinciales (de raíces "conservadoras"), reúnen, por lo general, a las clases o grupos sociales tradicionales;

D. Los nuevos partidos, en cambio, que tienden a una estructuración menos débil, reúnen a las clases o grupos de la Argentina moderna, formada a expensas del impacto inmigratorio;

E. Los tres partidos modernos, formados a pocos años de distancia, obedecen a una motivación esencial, pero reunirán, primordialmente, a distintos estratos o grupos sociales: el *radicalismo* se formará a expensas de la inmigración, tendrá prontamente carácter nacional y estará constituido

por elementos de la clase media, producto de esa inmigración masiva; adquirirá raíces populares, ya que esos elementos se incorporarán pronta y definitivamente; el *socialismo* nace como partido de clase y sus principales componentes serán obreros especializados de las grandes urbes industrializadas; la *democracia progresista* (en un principio escisión radical bajo el nombre de Liga del Sur), concretará principalmente las aspiraciones de los colonos agrarios-chacareros, principalmente del sud de la provincia de Santa Fe.

8. Si bien el advenimiento de los partidos políticos modernos resulta, en principio, de reacciones frente a un orden o *status* que no permitía salidas electorales ni tampoco un estilo de vida nacional a través de soluciones “políticas”, y principalmente, en lo que al radicalismo se refiere, la posibilidad de dos postulados: “Constitución y sufragio libre”, existe —como substrato— un cambio estructural de intensidad mayúscula, dado a través de los hechos señalados en el punto (7). Es indudable que la oligarquía liberal, para mantener sus líneas, había perdido todo escrúpulo de tipo moral y dejado de lado los derechos inherentes a la ciudadanía como tal. En un principio, policías y matones a sueldo efectivizarían nuestros comicios y los legalizarían a través del fraude y de la violencia, repetidas más tarde a través de otros elementos más sutiles. En rigor de verdad, nuestro país no vivió, sino en contadas ocasiones, el clima de verdadera democracia representativa. El fraude tuvo matices, a veces fue descarnado y otras cínico; en el comicio habrían de triunfar, por muchos años, la violencia, la bravura personal, una especie de “machismo”: el legendario Juan Moreira no fue más que un matón de las huestes de Valentín Alsina y a su bravura se debió la definición de más de un comicio de la zona del centro de la provincia de Buenos Aires. Su influencia resultó muy dilatada y, cuchillo en mano, podía sacar adelante una elección que en primer momento parecía perdida; posteriormente el sistema se transformará y aperecerá el del soborno, o la compra del voto, que generalmente se combinaba con el más primario —de la violencia lisa y llana— pero a veces más efectivo. Nada menos que un tribuno de la talla de Pellegrini hizo el panegírico del voto comprado: “no hay voto más libre que el que se vende”. La libertad electoral, por consiguiente, era un simple mito. Agréguese a todo ello las argucias con que se preparaba el acto, la manera con que se adquirirían las voluntades, las mil y una formas de realización en pequeño de lo que después se haría en gran escala; todo ese mundo de la “política criolla”, mezquino y pequeño tan a lo vivo pintado por Roberto J. Payró en sus jugosos cuentos: los favo-

### **Formación de los partidos políticos modernos**

res anotados en la "libreta de préstamos y donativos a los partidarios", "prestado al Gordo, que está sin trabajo, 5 pesos; a Juan para la copa, 0,20; una bandera y un letrero para el comité, 15,50...". Mosaico pintoresco, pero a la vez dramático y cruel, en donde se entremezclaban las costumbres y vicios de la época, pero que resultaba una reiterada estafa a la voluntad popular, estafa puesta en práctica durante decenios y vuelta a realizar aún en épocas en que se creían definitivamente superadas. Dice Sommariva: "Durante varias décadas los comicios tenían un gran cotejo de incidentes sangrientos. Todos los votantes debían concurrir al atrio de las iglesias; los partidos rivales formaban sendas columnas, esperando turno para el sufragio y cada vez se llamaba a un ciudadano de distinto partido; los que se creían perdidos asaltaban las mesas para falsificar las actas o anular la elección o recurrían a discusiones interminables, dilatando el proceso y dejando sin voto a muchos ciudadanos con lo que, al cerrarse el comicio, el resultado quedaba parejo. Si así se desarrollaban los actos públicos, cabe imaginar cuántos enjuages se ponían en práctica en la preparación de los padrones y en los escrutinios".

Es indudable que esta lucha por el sufragio libre fue una de las aspiraciones morales legítimas de toda una generación. Pero la propia lucha por el sufragio retardó la solución de grandes problemas nacionales, estancó al país, creó desánimo y sentido de frustración en la ciudadanía, porque era indudable que por sobre un hecho que debía aparecer como normal, se estaban originando cambios profundos en la sociedad. Todo ello creó desánimo y sentido de frustración, como al final se crea desánimo en todos los hechos injustos presuntivamente apolíticos o en situaciones en las cuales una minoría se apodera del poder, sea por la vía del fraude o de la violencia o de la ruptura del orden constitucional. Para comprender esta lucha y este estado de ánimo que crea el radicalismo es necesario estudiar nuestra historia institucional y las reiteradas rupturas de nuestro orden legal. Pero cuando la ciudadanía pudo votar libremente la expresión de su voto resultó positiva.

Es decir, que en la formación del radicalismo como partido jugaron esos elementos de orden moral. Según del Mazo la formación de un movimiento de este orden de ideas nace en 1891 con Alem al frente (luego de la revolución del 90), como protesta contra todo tipo de pactos o acuerdos, a través de una línea rígida, que cree en los *principios* aunque sin formular programas de acción concreta. Lo guían principios morales: "divisas éticas" es frase muy utilizada por Alem. Su muerte fue consecuencia y corolario de su propia vida: "adelante los que quedan", "que se rompa pero que no se doble", frases algunas de ellas dichas al borde

del suicidio, tienen cabal significación. Es la política alucinada de rígida intransigencia, válida para ciertos momentos de máxima tensión y enconada lucha. Fue positiva sólo en algunas etapas muy difíciles de nuestra historia política, pero su aplicación consecuente motivó algunos tropiezos serios en nuestra evolución.

La generación del 90 tuvo cierto sentido mesiánico que agigantó hasta los hechos menudos, pero dará la tónica a la subsiguiente generación de hombres que formarán la Unión Cívica Radical. El "estilo político" será mantenido a través del tiempo y le costará mucho a esta fuerza desprenderse de sus rasgos iniciales. Contrasta ella, según dijimos, con la generación del 80 de tono escéptico, mesurado, sin desbordante romanticismo, de espíritu burlón y proclive a tomar los hechos por el lado del *humor* y contrastando con la gravedad y seriedad de la generación del 90. Pero es evidente que 1890 constituye un año crucial en nuestra historia política. No es por azar que en esos días actuaran tres personajes, en la misma trinchera, que tendrían profunda preponderancia en la política del país: Hipólito Yrigoyen, caudillo hermético y mesiánico; Lisandro de la Torre, el "fiscal de la patria" que prefirió señalar los errores vinieran de cualquier ángulo, y a quien repugnara todo ademán demagógico que tendiera a halagar, y Juan B. Justo, fundador del socialismo argentino.

En realidad, el Noventa constituye, como dice Juan Balestra, "el punto máximo ascendente de la curva iniciada en el Ochenta", con todas sus contradicciones. El afán del progreso había llegado a insospechados límites y la fiebre económica todo lo conmueve. "Fiebre de progreso" anotada con minuciosidad por Julián Martel en su novela "La Bolsa" y que provoca una honda crisis, también de carácter moral, "cuando se pierde la noción del honor" o "cuando se hunde en el papel moneda, que sin cesar crecía, multiplicándose, a medida que se despreciaba". Las inconsecuencias y contradicciones de todo un sistema aparecían, así, descarnadas y en toda su crudeza. Pero es evidente que existió una deformación del liberalismo de las Bases y no hubo adecuación consecuente de éstas a la realidad del país; y el país, de tal manera, fue envuelto por la invasión de los monopolios extranjeros y el acaparamiento de la tierra pública. Habría que poner atención en estos hechos. No olvidemos que por una parte se incorporaba una enorme masa inmigratoria y formaban la generación "de los hijos de ellos", al decir de Roca, que constituirían una clase media de extraordinaria labilidad y movilidad que pugnaba por el poder. Y, por otra parte, ya las formas tradicionales se iban cerrando en "clercs" cada vez más endu-recidas, constituyendo las primeras formas de grupos de presión o factores de poder, que a medida que perdían fuerza popular, se iban centrando

## ***Formación de los partidos políticos modernos***

y concentrándose para continuar en el poder y de tal manera tendían a cobrar tanta o mayor importancia que los partidos políticos como conductos naturales de la expresión ciudadana y a rebalsarlos, sea “desde fuera” como “dentro” mismo de sus propias estructuras. A medida que transcurre el tiempo, los partidos —quizás por su propia configuración sociológica— van tomando un espíritu “conservador”, en tanto que se va formando un espíritu de “protesta individual” más que formas colectivas o masivas. Deberá transcurrir un largo período hasta que el advenimiento de las masas a través ya de migraciones internas transforme, en buena medida, esa tendencia. El radicalismo expresará sentimientos más bien difusos, antes que una programática y el socialismo, más teñido de positivismo que de socialismo a través de sus principales voceros, sólo tendrá efímeros éxitos en algunas zonas de la Capital. Quizás el radicalismo se haya teñido de retórica a través de su trayectoria y haya despreciado ciertos elementos “realistas” inherentes a toda política, en tanto el socialismo, a través de su historia, no se haya adentrado en la realidad concreta del país. Es decir, que ambas fuerzas, nacidas como “partidos modernos” perdieron su empuje por falta de una adecuación correcta a las características de nuestro país real y concreto.

9. Pero, según dijéramos, el radicalismo no significó solamente la concreción de esos dos postulados (Constitución y sufragio libre), sino algo mucho más importante, el advenimiento al poder de una nueva clase social. La misma política que el *régimen* había impuesto al país, a través de la posibilidad del logro de formas “modernas” en líneas “progresistas”, hizo variar fundamentalmente su fisonomía. La frase “gobernar es poblar” no constituye una frase más y sí una realidad. Este advenimiento no se produce por azar. Venía gestándose desde tiempo atrás, como consecuencia de una serie de factores que se daban, con sus rasgos más precisos, en el momento político que analizamos. Anota Ernesto Palacio que la vieja raíz montonera había cambiado la fisonomía del pasado, diluyéndose este matiz con la incorporación de las promociones de hijos de inmigrantes en un vasto conglomerado humano “cuya definición más clara consistía en el repudio a los gobiernos de privilegio y el énfasis democrático de su actitud, en el que se unían los antiguos oprimidos con los recién incorporados, que aspiraban a tener su puesto al sol”.

Según dice Germani (en: *La clase media de la ciudad de Buenos Aires*) “...ni la profesión ni la posición económica se confunden con la clase. Esta resulta de la existencia de un juicio de valor acompañado por un género concordante de vida, instrucción, educación, gustos, modales, cos-

tumbres, ideas y tendencias, es decir, por un conjunto de ideas objetivas que llamaremos 'tipo de existencia'." Y continúa: "Estos elementos, que son también el resultado de la comunidad de vida creada por la igualdad de funciones, representan al mismo tiempo atributos de la clase, pues también ellos son objeto del juicio de valor". Esto es precisamente lo que se había formado por entonces: un tipo de existencia distinto al anterior, profundamente diferenciado y a cuya formación contribuyó una serie de circunstancias cuyo análisis no corresponde hacer aquí. Ese movimiento ascensional de la clase media, que se acentúa rápidamente, hace que ésta tienda a expansionarse por áreas y ángulos que antes le eran vedados. Existe una expansión, una fuerza centrífuga que tiende por un lado a una incorporación, por otro a un desplazamiento, de las clases por entonces gobernantes. La conquista del poder constituye, así, una meta inmediata. Tal ascenso se ve facilitado por la vigencia de la Ley Sáenz Peña, que tiende a sacar a la situación política de su "punto muerto". El terreno habíase abonado a través de tácticas de revolución y abstención, que si bien no daban sus frutos, a la larga se imponían como consecuencia mediata. Las líneas, sin embargo, no resultan tan simples, ya que en diferentes ocasiones no existen delimitaciones precisas, sólo aproximadas. Así el Noventa, que fuera época crucial de nuestra política, confunde esquemas generales, y hasta en ambos sectores (gobierno y oposición) actúan personas de diferentes extracciones sociales. Pero en el radicalismo tiende a aglutinarse esta nueva clase en pugna por el poder. No es por azar que un humilde maestro de escuelas de provincia llegue a ocupar el ministerio de educación y que los puestos importantes de la administración se encarguen a personas sin significación dentro de lo que se entendía por "altas esferas oficiales". Desde entonces, y salvo la crisis de 1930, profundamente reaccionaria, el poder será detentado por personas de la clase media (tanto en las esferas civiles como militares, salvo excepciones, en cada cambio gubernamental acceden al poder hijos de inmigrantes; varios presidentes de la república son hijos de inmigrantes o nietos de inmigrantes de extracción social humilde; artesanos, chacareros, pequeños comerciantes, etc.).

El país adquiere un matiz, en lo que atañe a esferas oficiales, quizás más grisáceo y opaco, al despojarse de lustrosos apellidos tradicionales y toma un tono más "plebeyo", diríamos, que va impregnando los ambientes. Pasan a primer plano apellidos desconocidos y hay en la realidad, una extraña mezcla de hijos del país e hijos de inmigrantes pero salidos ambos de estratos sociales muy diferentes a los que nutrían las esferas gubernistas anteriores.

## **Formación de los partidos políticos modernos**

10. Todo ello explicará la formación de cuatro hechos significativos:

a) En el campo del trabajo, la formación de una conciencia obrera incipiente, pero que luego tomará inusitado brío;

b) La formación de una conciencia campesina, formada por los pequeños propietarios o arrendatarios, en pugna con los grandes estancieros arraigados en la sociedad tradicional y que, a través del "Grito de Alcorta", sostendrá reivindicaciones del hombre de campo postergado;

c) En la Universidad, la Reforma, que permite el advenimiento de la nueva generación y, consecuentemente, el acceso a las aulas de los jóvenes no pertenecientes a los sectores tradicionales;

d) En lo económico, la polémica del petróleo, que tiende a la efectivización de la independencia económica y del principio de soberanía.

No es extraño que estos cuatro fundamentales hechos se produzcan con el advenimiento del radicalismo, porque constituyen verdaderas banderas de reivindicación en la larga lucha por la formación de nuestra verdadera nacionalidad.

En lo que atañe al campo, se incorporan importantes núcleos de clase media rural. Provincias hubo, como Santa Fe, en donde el predominio del *gringo* llegó a ser decisivo. La agricultura, que tomaba bríos y que tendía a desalojar algunas de sus formas, por lo menos, a la ganadería, tenía tonos definidos. Esperanza, Rafaela, las colonias agrícolas entrerrianas, iban incorporando vastos elementos inmigratorios.

El crecimiento del país se había hecho visible y su población crecía con la clase media:

	Población	Crec. anual medio (por 1.000 habitantes)
I Censo, 1869	1.737.076	30,1
II Censo, 1895	3.954.911	36,8
III Censo, 1914	7.885.231	21,5

Pero al mismo tiempo se producía un fenómeno digno de ser tenido en cuenta. La corriente inmigratoria se había *estabilizado* y ya se estaba formando una nueva generación que si bien participaba de algunas carac-

terísticas de sus mayores, tomaba posiciones dentro del cuadro general del país y se había *argentinado*.

La extraordinaria asimilación sufrida por el hijo del inmigrante hizo que éste tomara perentorio contacto con el país y coparticipara en sus afa-nes, en sus instituciones. Y si bien, al advenir el radicalismo, el aluvión inmigratorio continuaba en parte, había decrecido en mucho, permitiendo una profunda decantación que permeabilizaba al extranjero y lograba que sus hijos, ya incorporados definitivamente, se sintieran nacionales y componentes de una clase nueva, con todas sus modalidades.

11. Además, y ya lo hemos anotado, esta fuerza política cree en las virtudes del pueblo; nace como una fuerza de sentido idealista: “el interés material será para un pueblo de mercaderes, no para el nuestro”, diría Alem; es decir, que más que en el engrandecimiento material piensa en las posibilidades morales, olvidándose en buena medida que la política, como tal, está apegada además a intereses concretos y realistas: “prefiero una vida modesta, autónoma, a una vida esplendorosa pero sometida a tutelajes”. Aquí hay una definición en contra del espíritu del momento, en el cual los valores económicos y un desenfrenado liberalismo habían conducido al país a una situación crítica de graves proporciones. Una idea nacional austera e inflexible pareciera abrirse paso, una rebeldía, además, en contra de las formas por entonces existentes.

Recordemos que las fuerzas gobernantes habían puesto, en ciertos res-pectos, el país *a la moderna*, introduciendo el progreso en gran escala, dentro de ciertas características que hemos intentado definir. Pero frente a ello y ante ese orden de cosas, se pretendía imponer la política —por parte de esta nueva fuerza actuante— como concepción ética de la vida, como afirmación de la vida autónoma argentina y de la libertad ciuda-dana. Pero esta *idea moral* no queda suficientemente definida y existe una exaltación más de orden sentimental del hombre argentino, sin afirmarse en notas más concretas y esta concepción idealista es retomada por Yri-goyen, el cual manifiesta que el radicalismo no es mero partido sino que “simboliza la grandeza de la nación en sus obras inmortales, frente a las calamidades de los gobiernos” y más aún, encarnaría la patria misma; sería doctrina —aunque no se defina— consubstanciada con “el espíritu y los anhelos del país” y “regeneración bajo el bautizo de los preceptos de la moral política, de la dignidad nacional y de las virtudes ciudada-nas...”. Según del Mazo se trata de un partido que responde “a una con-cepción afirmativa de la vida argentina...”. Es una fuerza que se pro-



## ***Formación de los partidos políticos modernos***

pondrá conquistar a la nación, “fuerza de unión de los argentinos, movimiento nacional histórico”. No se trataría de un simple partido, según estos fundamentos, sino una fuerza histórica que consistiría en dar constitucionalidad a la independencia y bases firmes para un desarrollo auténtico de la República y concibe a la República como una *idea moral*. El radicalismo será así, una *causa* que apela al hombre interior reivindicando las líneas espirituales del pueblo y se opondría, de tal suerte, al *régimen*. En un principio, en efecto, era la lucha enconada contra el *régimen*. Como lo expresara el manifiesto del Comité Nacional de fecha 29 de febrero de 1904: “El régimen es el mismo en lo político, en lo económico y en lo administrativo. Desconoce la soberanía popular, para hacer de la autoridad un instrumento de oposición, del voto un comercio bajo, del atrio un campo de lucha sangrienta o el teatro de una parodia burlesca y de la administración pública un patrimonio de partido, prefiriendo sobre los más dignos y competentes los mejores recomendados por su adhesión política. Suprime la autonomía de las provincias, convierte los gobernadores y legislaturas en instrumentos dóciles del poder federal y relega a los ciudadanos a la categoría de cosas. En materia de garantía, las desconoce y elimina a todas, violando en cada caso lo que estorba al cumplimiento de un propósito autoritario o ampara el derecho de una oposición batalladora. Por la supresión de los estímulos o de los prestigios morales, que enaltecen la lucha democrática, la juventud está condenada a optar entre el sometimiento como camino para llegar a las funciones públicas y el abandono de ellas, con la protesta en el espíritu y en los labios, para salvar la integridad de carácter”.

Las presidencias que se habían sucedido con antelación al advenimiento del radicalismo no representaban, en verdad, a partidos, sólo obedían a una modalidad que perduraba: se trataba, en el fondo, de alianzas promovidas para la obtención del poder, pero de alianzas, no de partidos, de situaciones locales colmadas de intereses y el radicalismo se había constituido en única fuerza de carácter nacional.

12. Si observamos los partidos y fracciones en que se dividía la opinión del país se constata fácilmente el aserto del párrafo anterior. El Partido Autonomista Nacional, por ejemplo, de dilatada existencia, cuya virtual acta de fundación podría remontarse a 1874, era una coalición de fuerzas, de situaciones locales que lograban una aparente homogeneidad a través de alguna figura aglutinante, pero que no se constituía, de por sí, en una fuerza programática de carácter nacional. Era la expresión de diversas situaciones en torno a figuras prestigiosas, como lo fue en buena

parte nuestra política. Y si bien el radicalismo podría acentuar tendencias “personalistas” existían, dentro de él, corrientes de opinión —más temperamentales que programáticas sin duda— un tanto indefinidas, pero que en buena parte tenían un estilo propio, traducían necesidades vitales del país en lo político y de alguna manera “lo nacional”, inconcreto, inorgánico si se quiere, como inorgánicas eran las líneas de nuestra incipiente formación sociológica.

13. De los grupos representativos anteriores debiéramos considerar la Unión Nacional, que impusiera a Roque Sáenz Peña y que nuclea una serie de grupos provinciales de diferentes raíces y extracciones. Es indudable que la desaparición del P.A.N. de la escena política implica una ruptura de las estructuras tradicionales, ya que este P.A.N. no podría recomponerse. Los partidos conservadores quedarían, no obstante los acuerdos, como piezas de un rompecabezas que sólo podría ser armado fragmentariamente en cada provincia. En el Noventa quedan tendidas las líneas que por mucho tiempo teñirían nuestra política. Esas líneas se darán a través de fuerzas opositoras, en tanto los núcleos oficialistas no logran, desde entonces, cohesión ni resonancias nacionales. El programa de renovación que las fuerzas conservadoras intentan a través de la *Liga del Sud* se verá prontamente dejado de lado, ya que la tenaz y firme acción de Lisandro de la Torre impondrá una modalidad acentuadamente diferente.

14. En el campo eleccionario la oposición logra por primera vez el triunfo al jugar la Ley Sáenz Peña, aunque con anterioridad obtuviera algunas victorias parciales. Por ejemplo, en la elección de diputados al Congreso, en 1894, el triunfo correspondió al radicalismo, aunque sin obtener mayoría absoluta: en la misma intervienen dos fuerzas, los “cívicos” y los “vacunos”, los gubernistas, autodenominados vacunos, dieron sus votos al candidato cívico Guillermo Udaondo. Por entonces se alegó fraude en contra del radicalismo, al cual se le restó buena cantidad de votos en algunas parroquias. En este caso, el partido gubernista llevaba en sí —y eso es preponderante signo por mucho tiempo en la provincia de Buenos Aires— los defectos de la vieja oligarquía terrateniente, sin el sentido de los cambios modernos; se había estancado en su evolución y estaba ya dando la curva de vuelta, por la cual retornaba a una concepción primaria en donde existía nuevamente, la ganadería como principal y casi único factor de riqueza. Muy distinto fue el significado de la elección de 1904, en donde se ensaya el sistema de circunscripciones unipersonales

## ***Formación de los partidos políticos modernos***

a la inglesa, propiciado por el entonces ministro del Interior Dr. Joaquín V. González y en el cual en una de ellas —la Boca— obtiene su diputación el Dr. Alfredo Palacios, primer diputado socialista de toda América. Pero en elecciones presidenciales recién la oposición obtiene el triunfo, para el período 1916-1922, en el escrutinio del 20 de julio de 1916.

También la vigencia de la Ley Sáenz Peña, por lo menos hasta 1930, traerá una gran movilidad en los cuadros de la política. Si bien el radicalismo obtiene triunfos, no existe una línea continuada en la forma y progresión con que se daban durante el denominado “régimen” y la oposición varía con diferente suerte. Para la elección que consagra a Marcelo T. de Alvear (1922-28) el radicalismo obtiene 235 electores, con 458.457 votos, pero sus cuadros se constituyen, posteriormente, de otra manera. Se van nucleando diferentes organizaciones políticas: los conservadores se nuclean bajo la denominación de Concentración Nacional y, además del radicalismo participa la democracia progresista. Según vemos, proliferan partidos con otro sentido y la formación de sus cuadros se debe a las nuevas condiciones y a los cambios estructurales que se habían producido en el país.

Además existe una lucha entre partidos, una movilidad que reemplaza las líneas estáticas anteriores.

15. En cuanto al Partido Socialista, éste nace en la Argentina como un partido de “clase”. Pero a través de su fundador, Juan B. Justo, se trata de darle un método de acción que lo alejara de lo que se denominara “política criolla”. La “política criolla” resumía, para el Dr. Justo —un hombre severo, de gesto adusto y de moralidad puritana— los vicios y prácticas reñidos con el ejercicio consciente de los deberes y obligaciones ciudadanos. Pero al mismo tiempo esta fuerza política pierde vigor al alejarse de una realidad concreta nacional; si bien posee virtudes que la transforman en una escuela de civismo, prontamente se ve desplazada debido, precisamente, a esa falta de perspectiva histórica. En otro orden de cosas, el socialismo, como partido moderno inaugura un método y ahinca, o pretende ahincar, en los problemas sociales; se quiere despersonalizar a los hechos políticos e inyectarles una mayor dosis ideológica y científica.

Su advenimiento se produce también ante las nuevas condiciones que se dieran en el país. Habíamos visto que la U. C. Radical es la resultante del desarrollo de la sociedad argentina a través de la formación de una clase media nacida o producida por el impacto inmigratorio. Por entonces

existía una población preferentemente rural. Los núcleos obreros, en formación, se hacían fuertes en Buenos Aires principalmente. Pero se va agudizando, desde 1869 en adelante, un proceso de urbanización:

	Población: Cifras absolutas		Porcentaje		Aumento anual	
	Urbana	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural
1869	492.600	1.244.300	28	72	38.000	47.000
1895	1.488.200	2.466.700	37	63	146.000	66.000
1914	4.152.400	3.727.900	53	47	175.000	68.000

De este proceso (en el cual, tomando las cifras de 1869 hasta 1914 ya daba un aumento anual promedio por 1.000 habitantes de la población urbana: 46,3 55,5 : 26,7; y de la población rural 23,0 21,8 14,3) no habían permanecido ajenos los gobiernos que se sentían fuertemente impulsados por la ola del progreso, atrayendo masas inmigratorias, entre las cuales se hallaban no pocos obreros de conciencia evolucionada en sus países de origen, en los que se habían producido ya intensas conmociones sociales.

En la Argentina, en 1896, había 123.739 trabajadores empleados en industrias, empresas de transporte y construcción, de los cuales 93.294 obreros extranjeros y, solamente en Buenos Aires, pocos años después, 523.041 argentinos y 427.850 extranjeros. Es decir, que ya existía una fuerte corriente formada por obreros manuales con una conciencia bastante aguda para esos tiempos, en los que algunos fundamentales problemas económico-sociales comenzaban a afectarlos profundamente.

Por lo demás, existía una tendencia de la población a acumularse en la zona del gran Buenos Aires y Este del país, que había obtenido, entre los censos de 1895 y 1914, una diferencia en más de 4,0 (63,5 a 67,5) orientando la calidad del proceso económico al mismo aumento de población, según lo expresa Ricardo Ortiz. De los 2.400.000 extranjeros que vivían en el país en 1914, el 81 % se había establecido en la zona oriental. Si bien buena parte de ellos eran propietarios existía una gran proporción de trabajadores manuales. Así, por ejemplo, comparando los censos de 1869 y 1895 observamos que los jornaleros crecen en la siguiente forma: 163,9 a 342,5; los rentistas, de 5,4 a 28,4; los funcionarios, de 13,3 a 37,0; los profesionales liberales de 11,6 a 37,1 y en tanto lo que se llama trabajo semi-productivo (que comprende comercio, transportes,

### **Formación de los partidos políticos modernos**

profesiones ambulantes, empleados privados, sirvientes y jornaleros) crece de 41,6 % a 47,2 %, las profesiones productivas decrecen entre ambos censos, de 54,6 % a 45,4 %; las no productivas (rentistas, funcionarios, etc.) crecen de 3,8 % a 6,4 %, es decir, que en vísperas de la plasmación de esta nueva fuerza política la estructura funcional había variado considerablemente y sufrido cambios muy pronunciados. Se incorporan asimismo durante este período, talleres que se basan en la mano de obra artesana, pero en los cuales ya se nuclea cierta cantidad de obreros, pues los artesanos habían hecho algunos progresos que les permitirá tanto la incorporación de obreros como la realización, en pequeña escala, de la división del trabajo. Asimismo comenzaban a industrializarse en pequeña escala, algunos productos derivados de la agricultura (aunque tanto el azúcar, como la vid o la yerba, posteriormente industrializados en gran escala, comienzan a tener influencia años más tarde, tiñendo de modalidades propias los aspectos económicos y sociales de sus zonas de influencia. Ya en 1883-1886 se habían instalado establecimientos frigoríficos en Campana y Avellaneda, pero recién en 1902 se inicia un nuevo período de formación de empresas.

La introducción del maquinismo, así fuera en escalas reducidas, provocaba situaciones no previsibles con anterioridad y así, principalmente en Buenos Aires la industria comienza a florecer, transformándose paulatinamente el artesano en obrero de establecimientos que, si bien relativamente importantes, iban creciendo con el crecer de la población. A este respecto, nos remitimos a lo ya expuesto cuando analizamos los problemas que trajo la inmigración en gran escala y la implantación de las líneas denominadas del *progreso*, de largo alcance y que tuviera su expresión más caracterizada durante el decenio 1880-1890. Es en 1898 cuando precisamente el *progreso técnico* comienza una etapa acelerada, con la incorporación del maquinismo, lo que va provocando, a través de los años, una situación o serie de situaciones inherentes al propio sistema. He aquí las fluctuaciones del censo publicadas en EE. UU. por la "National Industrial Conference Board", para los decenios 1870-1910:

	1870	1880	1890	1900	1910
Población total:	38.558.371	50.155.783	62.622.250	75.994.575	91.972.366
Población obrera:	12.505.928	17.392.099	23.318.183	29.073.233	37.454.000

Lo que da los siguientes aumentos, con relación a 1870:

	Aumento	Porcentaje de la población obrera sobre la población total
1870	—	30,1
1880	30,1	34,7
1890	64,2	37,2
1900	97,1	38,3
1910	138,5	40,7

El problema, pues, cobraba caracteres universales, y por lo tanto nuestro país no podía escapar a una regla de tal naturaleza. Si bien es cierto que en la formación del Partido Socialista contribuye buena parte de obreros extranjeros, a través de grupos, llamémoslos “*idiomáticos*”, también se incorpora al movimiento buena cantidad de trabajadores argentinos que van tratando de concretar sus aspiraciones de mejoras económicas. No olvidemos que recién estamos en comienzos de un proceso que en nuestro país daríase un tanto retrasadamente. El socialismo, como tal —por lo menos en sus inicios— pretendía incorporarse como partido doctrinario y transformador de diversos planos de la humanidad. Pero por sobre los problemas sociales y económicos que en momento crítico se insinuaban con todo rigor y que luego irrumpirían vigorosamente se atendieron, primordialmente, y en eso hubo coincidencia entre las diferentes fuerzas de oposición, los problemas de la moral cívica y de la educación popular.

De lo expuesto surge que los partidos políticos con rasgos modernos, como canales naturales de la opinión pública, se forman y fortalecen en los momentos de formación y fortalecimiento del proceso de transformación del país en líneas modernas.

16. Más tarde, y para preservar en alguna medida un *status* en el cual ya el proceso perdía fuerza y consistencia, se pretenderá desalojar a los partidos de la escena política para dominar los factores de poder y los denominados grupos de presión. A medida que se debilitan los partidos, adquieren fuerza diferentes grupos que pretenden sustituirlos. Pero no se concibe una democracia representativa, y en el país todavía hay mucho que andar a ese respecto, sin la existencia de los partidos como conductos naturales de la opinión. Los substitutos tenderán a formulaciones híbridas en las cuales la opinión pública tendrá el acceso vedado;

### ***Formación de los partidos políticos modernos***

los grupos intermedios, los grupos de presión, las diferentes formas de "lobby", sólo tendrían éxito para determinadas circunstancias históricas de orden excepcional. Lo demás deberá seguir los carriles normales y el proceso de modernización exige, también, la modernización de todos los medios de expresión. Pero hay que tener en cuenta algunos hechos nuevos. Si se incorporaran los medios técnicos a la población con el ritmo con que lo hiciera la generación que puso, en algunos respectos, el país "a la moderna" se fortalecerían los medios de expresión de la opinión pública, tal como acaeció en el período examinado. Pero si la incorporación se produjera al ritmo actual es indudable que el país quedaría en evidente desventaja. Es indudable que ya no se puede gobernar a través de esquemas tradicionales y los partidos "modernos" es posible que deban sufrir ahora un nuevo proceso de "modernización" para ponerse a punto en el proceso. En muchos respectos anotemos que aún estamos políticamente adheridos a los esquemas de la sociedad gratos al siglo pasado, con una gran dosis de retórica y una proliferación de esfuerzos que en muchos casos no representan la actual realidad de nuestro mundo. No debemos olvidar, como lúcidamente lo expresa Baran, con referencia a una situación actual de proceso de desarrollo que en ciertos respectos tiene ciertas líneas de coincidencia con el momento histórico examinado, que "lo que denominamos desarrollo económico, históricamente, siempre ha significado una transformación de vasto alcance en la estructura económica, social y política de la sociedad, en la organización dominante de la producción, de la distribución y del consumo... siempre ha sido impulsado por clases y grupos interesados en un nuevo orden económico y social, encontrando siempre oposición y obstáculos por parte de aquellos que pretenden la conservación del *statu-quo*..." (en: *Teoría del desarrollo económico*, pp. 19-20). Es indudable que el mundo actual no se caracteriza, precisamente, por su muelle placidez. Si nosotros observamos el desarrollo de la política argentina desde una fecha clave, 1880, hasta 1930, vemos de seguido que los primeros años significaron en escala reducida, una *pax romana*. El país anduvo por las vías del progreso a través de palabras adecuadas para su momento histórico: "paz y administración", que era algo así como la traducción del "orden y progreso" positivistas. Se recogieron, en parte, los acentos del pensamiento alberdiano.

Más tarde se rompieron los diques y terminó tal período pacífico, optimista, esperanzado. El pueblo, que aún quedaba como telón de fondo del vasto escenario, asistía pasivamente a los acontecimientos; a veces, en las largas administraciones del régimen, (pues política era en buena medida administración) se iba más lejos y nuevos grupos sociales forma-

dos por hijos de inmigrantes y prontamente asimilados, quedaban apartados, un tanto como las glebas. República con patronos, Estado gendarme, excesos del liberalismo. Después la primera gran crisis estructural: la clase media se hace oír, aunque dentro de formas no muy definidas, que aún perduran (canalizada en el radicalismo como partido).

Más tarde la Argentina aluvial traía el espectáculo de su sociedad masiva quebrando los estamentos largamente aquietados. Una intensa movilidad social caracterizaba y caracteriza a las diferentes clases y grupos. Procesos de aceleración, de cambios, crisis frecuentes, en las cuales ya decididamente intervenían factores de poder y grupos de presión desplazando de las soluciones a los partidos políticos. País, el nuestro, que aún no ha entrado enteramente en los moldes de la modernidad y de la revolución tecnológica.

Y el país real, definitivamente incorporado un enorme contingente —ejército de brazos y músculos, sudor e inteligencia— continuó con sus victorias a lo Pirro, formándose a medias. Aún estamos en un proceso socio-político de decantación, pues todavía hallamos mezcladas grandezas y miserias, purezas e impurezas. Hay que esperar, ahora, que se complete el ciclo dentro de las líneas del progreso moral y material que ya Juan Bautista Alberdi lúcidamente entreviera.